



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la ordenación diaconal de  
Oscar Aguilera, Jorge Pérez, Ricardo Izquierdo y Jorge Suardíaz.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
3 de septiembre de 2011.**

Queridos hermanos y hermanas:

La vitalidad de la Iglesia diocesana se manifiesta en ocasiones privilegiadas como ésta, en que cuatro hombres, todos padres de familia, después de un tiempo de maduración y de estudios teológicos, se presentan ante el obispo que les impondrá las manos para hacer que entren en el orden de los diáconos.

Dije que se trataba de un signo de vitalidad de la Iglesia, porque la ordenación de estos hermanos nuestros indica que la Iglesia crece, como sucedió cuando, al comienzo de la predicación evangélica, poco tiempo después de la muerte y resurrección de Jesús, los apóstoles que estaban congregados en Jerusalén sintieron la urgencia de ser ayudados en su misión, porque la pequeña comunidad de seguidores de Jesús no sólo ganaba adeptos, sino que descubría cómo la misma condición de discípulos del Señor, comprometidos a hacer vida el amor testimoniado y pedido a los suyos por Jesús, los obligaba a atender requerimientos impostergables del amor fraterno.

En efecto, necesidades nuevas surgían, al tomar conciencia los apóstoles de que, al deber de anunciar el evangelio se equiparaba el deber de practicar la caridad con los menos favorecidos, como algunos extranjeros y mujeres viudas que reclamaban ayuda.

Esta situación suscita la deliberación de los apóstoles, que culmina con la institución del diaconado. Escogieron a siete hombres de probada madurez y los dedicaron al servicio de la comunidad: atenderían a los menesterosos, a las personas con menos recursos. La palabra diácono significa en griego servidor.

Debemos fijarnos bien en que la Iglesia, desde sus orígenes hasta hoy, al crecer no sólo numéricamente, sino también en profundidad, o sea, en la comprensión siempre más honda de su misión de servir por amor, al modo de su Maestro y Señor, requiere consolidar su estructura por medio de aquellos que ejercen diversos ministerios para el bien de los bautizados. Cuando una Iglesia encuentra entre sus hijos quienes respondan al llamado de Dios para el servicio de los hermanos, que se hacen más numerosos, o que tienen diversas necesidades, esto es un signo de vitalidad que la Iglesia diocesana debe agradecer al Señor. Es día, pues, de acción de gracias a Dios por estos cuatro diáconos que, por el sacramento del Orden, enriquecerán con su ministerio a la Iglesia.

Hace veinte años no había ni un solo diácono permanente en esta Arquidiócesis. Hoy, después de esta acción sagrada habrá veintiséis. Por esto damos gracias a nuestro Dios. Al

multiplicarse los ministros del Señor, puede la Iglesia atender cada vez mejor al pueblo y ampliar su misión. Los diáconos, que nacieron principalmente para el servicio caritativo a los pobres, reciben por su ordenación diaconal otro encargo por parte de la Iglesia: ser servidores de la Palabra de Dios que proclamarán solemnemente en la Celebración Eucarística, cuando anuncien el Evangelio. Pero su servicio de la Palabra no se limita únicamente a la lectura evangélica, comprende también la predicación, la catequesis y la instrucción general de los fieles. Para significar su doble condición de servidor de la Palabra y de los pobres, el diácono estará cerca del sacerdote o del obispo en la celebración de la Misa, sirviendo la mesa donde el pan y el vino, transformados en Cuerpo y Sangre de Cristo por la plegaria sacerdotal que actualiza el memorial del Señor, se convierten en fuente de fortaleza para el diácono en su servicio a sus hermanos.

La cercanía del diácono al misterio eucarístico no se agota en la asistencia al Obispo y al sacerdote en el altar, su ordenación diaconal lo hace ministro ordinario de la comunión para administrarla a los fieles en la asamblea litúrgica, para llevarla a los enfermos y para exponer la Santa Eucaristía a la adoración de los fieles.

Las raíces teológicas del diaconado se encuentran en Cristo Jesús. En su condición de Mesías Salvador Jesús no se presentó como el descendiente del Rey David que vendría a restaurar la monarquía de Israel, “no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango” y apareció ante el pueblo como el servidor sufriente descrito por el profeta Isaías en varios poemas. En ellos habla el profeta de un hombre de dolores que carga con nuestras penas. Jesús quiso identificar de algún modo su ser y su misión con esta imagen del servidor que sufre, presentándose ante todo como el enviado del Padre, el Hijo amado, proclamado así en su bautismo en el Jordán por la voz venida de lo alto. Pero Jesús explica la finalidad de su misión diciendo: no he venido a ser servido, sino a servir y dar mi vida por muchos.

Este Cristo Servidor introduce en el mundo el servicio como el modo concreto de expresar el amor, un amor que es el eje central de su mensaje. Para evitar que el amor sea sólo considerado como sentimiento o como estilo de un simple trato amable entre los seres humanos, Jesús presentó los aspectos negativos que salen al encuentro del amor: el odio, la enemistad, la persecución, y responde a estos desafíos el Señor con más amor: rezar por el que te odia o te persigue, poner la otra mejilla al que te ataca, perdonar setenta veces siete a quienes te ofenden.

Los elementos positivos del amor, aquellos donde el amor no se defiende, sino donde toma la iniciativa ante el hambriento, ante quien sufre, ante el que está sólo o desesperado o es ignorante o no sabe qué hacer, esos pasos decisivos que debe dar el discípulo de Cristo para mostrar el amor, Jesús los resume todos en el servicio. Servir es esa forma concreta de amar que llevó a Jesús a dar la vida por sus amigos. El llamado al servicio es para todo cristiano, pero algunos optan por consagrar de modo especial su vida al servicio de sus hermanos en la Iglesia.

El Orden sagrado es una participación sacramental en el Servicio de Cristo a los hombres y configura a quien lo recibe a Cristo servidor.

El Obispo, el sacerdote y el diácono, por el Sacramento del Orden, participan de modo especial de la condición servicial de Cristo salvador. El Obispo y el Presbítero participan además del único sacerdocio de Cristo, cabeza de la Iglesia, aunque en grados distintos.

El don común del Espíritu Santo, que capacita para el servicio, es compartido por los tres grados del Orden sagrado, de modo que todo aquel que, por el sacramento del Orden desempeña un ministerio, tiene como característica propia de su misión el estar al servicio de sus hermanos y de su pueblo.

Jesús quiso exaltar el papel del servicio al prójimo hasta el punto de introducir en aquella última Cena, que tanto deseaba celebrar con sus discípulos, un gesto inusitado y sorprendente: despojado del manto, se ciñó una toalla y se puso a lavar los pies de sus discípulos. En la misma Cena donde nos dejó el memorial de su muerte y resurrección y encargó a sus apóstoles que lo perpetuaran, Jesús nos quiso dejar el ejemplo de lavar los pies a sus discípulos para que nosotros hagamos lo mismo unos a otros.

Es el mismo Señor quien, al acercar estas dos acciones entre sí, el lavatorio de los pies y la Eucaristía, nos indica que el servicio amoroso del prójimo y el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre se reclaman el uno al otro.

Y ésta es la razón de la presencia del diácono, del servidor marcado por la Iglesia con el sacramento del Orden, junto al Obispo o al sacerdote que preside la Celebración de la Eucaristía, pues son inseparables el sacramento eucarístico y el amor servicial al prójimo.

Por esto la Iglesia, desde sus inicios, se ocupó de la atención a los necesitados, tanto como de la predicación del evangelio, y unió en el ministerio del diácono estos dos servicios de la Palabra y del prójimo dándole un valor sacramental.

Queridos hijos: ustedes entran ahora a formar parte del número de los diáconos: no olviden, pues, el papel preponderante del servicio al Obispo, a los sacerdotes, a sus hermanos, sobre todo a los más necesitados. Tengan siempre presente la conexión eucarística de su misión. Participen en la Santa Eucaristía diariamente, si es posible, sean disponibles y alegres en su servicio eclesial.

La Iglesia en Cuba, como lo comprobaremos todos a partir de mañana, al llegar a nuestra Arquidiócesis la Virgen de la Caridad, vive una primavera de fe: el pueblo cubano se acerca a la Iglesia Católica, nos desborda la misión a la cual Dios nos llama en esta hora de nuestra historia nacional, necesitada de muchos cambios y en las que muchas cosas han comenzado a cambiar.

Espero de ustedes y de todos los diáconos y sacerdotes, que sepan aceptar el reto de dar desde nuestra pobreza todo lo que podamos para que la Iglesia en Cuba sea fiel al mandato evangelizador de Jesús.

Que la Virgen María de la Caridad, Nuestra Madre y Patrona, los cubra con su manto y los haga felices y fieles en su ministerio.

*-Servicio de noticias-*

*Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**